

Erick Benites

Hijo del desagravio

Angie Arce y Rodrigo Chávez Terrones

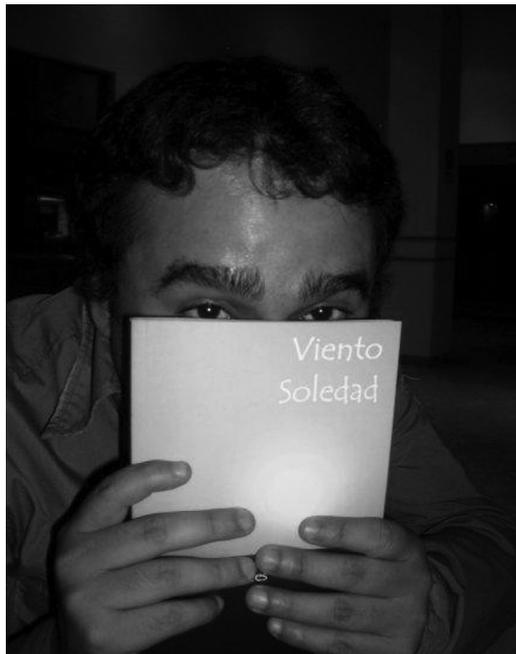
“Si se asustan, no es mi culpa; acá se editan libros”. Así es Erick Benites, sarcástico, dedicado. No había un ápice de mentira en su frase. Cuando ingresamos a la editorial Mesa Redonda comprendimos que quienes no están preparados para apreciar el mundo de un editor, podrían asustarse.

Nos encaminamos al piso superior. Su mesa de trabajo coronaba la escalera con una posición privilegiada, porque desde ella podía observar el trabajo de sus subeditores y estar en contacto con sus jefes. En vez de un corcho lleno de papelitos con actividades pendientes, estaba el gran espejo. Erick, que estaba acostumbrado al reflejo, actuaba como si no estuviera ahí, pero nosotros no podíamos evitar su duplicidad.

—¿No te incomoda?

—No, es que soy tan bonito que me lo pusieron ahí.

Reímos mientras él continuaba absorto en su computadora. El programa diagramador de libros era manipulado con notoria destreza y sumo respeto, el respeto de un hombre que ama y cuida los libros. Nosotros solo lo mirábamos y tratábamos de comprender dónde se había ocultado el Erick relajado que conocíamos, ahí solo veíamos al trabajador fiel y dedicado. De rato en rato, el joven editor miraba preocupado un sobre manila en la esquina de su escritorio. Vimos un nombre que conocíamos bien: Jorge Eslava.



—¿Su querido profe les contó que debo editar su poemario?

—Lo mencionó en el taller, ¿recuerdas?

Hace unas semanas nos habíamos encontrado con él para nuestra primera indagación sobre nuestro personaje. Preguntamos cómo era Erick y respondió: “Era muy reservado, extremadamente nervioso, de temblores en las manos. Cada vez que lo saludaba, me encontraba una mano transpirada y temblorosa”. Nos es difícil imaginar cómo era; para nosotros es y siempre fue todo un personaje. Jorge nos confiesa que muchos chicos que tienen talento, como Erick, deben tener, además, la fortaleza suficiente para mantenerse tercos y disciplinados en lo que quieren. “Erick no la ha pasado bien porque proviene

de un hogar conservador que ha puesto en riesgo, incluso, la continuación de sus estudios. Tuvo el coraje de trasladarse de carrera, de haber permanecido a pesar de las adversidades del hogar”.

Erick lo confirma contándonos que hubo problemas con sus padres: “Estaban decepcionados y no sabían qué iba a ser de mi vida. Me había cambiado en el sexto ciclo de mi carrera. Nadie es tan idiota para hacer eso” Nos quedamos callados, queríamos seguir escuchándolo. “Mi papá me decía que terminara mi carrera y que luego hiciera lo que quisiera, pero yo sabía que eso no iba a pasar; la vida me iba a comer y nunca haría lo que yo pretendía”. Esa actitud terminó asustándonos más. “Así que en mi casa la pasé de infierno durante un largo tiempo. Lo único que me quedaba era ver películas y leer libros”. Afirma que fue un punto de quiebre en su vida, pues se quedó en el limbo. Aún hoy considera que su futuro es incierto, pero se alegra de no ser un ingeniero mediocre, “porque eso pasa cuando haces lo que no te gusta”.

Jorge Eslava comenta respecto al taller de Narrativa que dirige en la Universidad de Lima, al cual nuestro personaje ha asistido desde sus inicios: “Las primeras sesiones eran básicamente para corregir la ortografía”. Pero a nosotros, miembros recientes del taller, nos sorprende imaginar a los “mayores” tan inexpertos. “Ha habido una evolución notoria en todos”, dice convencido. La evolución

fue tal que, a través de una recomendación del profesor, Erick logró un lugar en la editorial Mesa Redonda; “se ha afianzado en ese empleo en el sentido de que le gusta más la literatura, ha descubierto su oficio como editor”. Sin embargo, no olvida comentarnos que “tal vez le falta todavía ser un poquito más responsable”. Una de sus responsabilidades es ser el alma del lugar.

Sonríe mientras sigue manipulando el libro en la pantalla del computador. Le recordamos la primera impresión que tuvo su mentor. “Creo que la primera vez que Jorge me vio tenía motivos para estar nervioso. Mi vida cambió en ese momento y creo que lo sabía en mi subconsciente. Hoy en día tengo más años y soy más seguro de lo que hago. Creo que de menor era más temerario y no me importaban mucho las consecuencias, ergo, era menos tímido. Ahora no hablo mucho; escucho y después de un rato hablo”.

El trauma del cambio de carrera parecía haberlo convertido en un hombre que sigue un plan de vida, ya no un desaforado chiquillo que toma decisiones extremas. “Siempre tengo un plan. Soy un maniático para eso. Si no tengo planeado todo, me vuelvo loco. En ese aspecto soy un cuadriculado”. Tan cuadriculado como el plano que dibujaba sobre la página del libro que corregía.

—Saliendo, Majó nos lleva al taller, ¿ok?

La mención de Majo era propicia. Fue ella la que, días antes, nos habló de las decisiones extremas que Erick solía tomar.

Quisimos corroborar la primera impresión de Jorge, a la que María José Caro, quien fue otra de las integrantes iniciales del taller, agregó: "Cada cierto tiempo le dan crisis en donde quiere abandonar las seguridades de su vida porque piensa que lo van a estancar. Creo que está en su naturaleza cuestionar y dudar, pero ahora sus dudas no lo hacen tomar decisiones extremas como en el pasado". Además, "no tolera hacer lo mismo durante mucho tiempo, se cuestiona si está bien o no y cambia de rumbo por miedo a estancarse."

Fue entonces cuando preguntamos si es que era inmaduro, nos sorprendió su respuesta: "No es inmaduro pero sí *achibolado*. Según él, es porque sus amigos —los de su edad— están en el extranjero. Entonces, para con amigos más jóvenes, viste con polerones y lleva mochila en vez de maletín de cuero". Reímos con el comentario. Sin embargo, inmediatamente nos aclara que "su *achibolamiento* desaparece cuando conversas con él, dejando de lado las bromas, porque siempre hace bromas". Majo asegura que Erick "es ecuánime, reflexivo y suele tener un punto de vista muy estable de las cosas; se vuelve un adulto que ya ha asimilado mucho". Nuestro personaje conoce su rumbo, nos advierte, "así que no se dejen engañar".

Incidimos en el trabajo de Erick como editor en Mesa Redonda. "Le encanta su chamba. Ama los libros y trabaja con libros. Es el mismo Erick de siempre, da todo de sí mismo aunque odie lo que esté editando. "Un hombre que respeta la literatura podría creer que un texto mal escrito es una falta de respeto. Majo nos corrige y nos cuenta que una vez Erick recibió una mala obra y, no obstante, le dijo que "era una historia que aún podía salvarse".

"No creo que las historias se salven por su argumento. Las historias son más un cómo que un qué. Me explico: le dije a María José que era un texto al que se le veía buena prosa y yo creo que si algo viene con un par de líneas o párrafos con alma tengo el deber de ayudar a que se salve". Su devoción nos conmueve.

Recordamos que Majo mencionó una característica particular de Erick: era un idealista muerto, un cínico. "A veces tengo que ser cínico si no el mundo me gana; no sabes cuánta gente con este rasgo hay". Explica que en casos incómodos se deja llevar por la corriente, a veces no le queda otra. "Tampoco siento que el idealista que hay dentro de mí haya muerto; solo está en coma profundo y no sé si se pueda despertar. No me tomen por un pesimista. Soy realista y, para serlo, en este mundo hay que ser un reverendo cínico."

Semanas antes habíamos conversado con Jorge acerca de la ópera prima de Erick, *Caja negra*; él nos comentó que la obra tenía un distintivo sello televisivo; decidimos que era el momento de conocer la opinión del autor. Escribió el libro para saldar cuentas, pero ¿con quién? "Con la vida. Siempre me he peleado con ella. Le he llevado la contra desde muy joven. *Caja negra* fue algo que me salió de las entrañas y me siento muy orgulloso de ese libro, así sea mediocre". Lo dijo con un

pesimismo socavado, se miró en el espejo. Confesó que quería demostrarles algo a sus padres, "con tantas cosas que les he hecho pasar, creí que pensaban que era incompetente en todas las materias del mercado".

Cogió su mochila y bajamos las escaleras, en el mostrador de Mesa Redonda había una copia de su libro. Lo sostuvo y dijo "Les demostré que por lo menos puedo publicar un libro".